

Ortega y Gasset y las derechas españolas.

Pedro Carlos González Cuevas

Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid

Resumen: El pensamiento político de José Ortega y Gasset es de clara tendencia liberal-conservadora. No obstante, fue muy criticado por el conjunto de las derechas españolas. Las razones de tal rechazo fueron de carácter fundamentalmente religioso. Su agnosticismo, su defensa del laicismo y posteriormente su republicanismo le enajenaron el apoyo de las derechas, casi en su totalidad católicas y monárquicas. Sin embargo, sin su aportación intelectual resulta imposible interpretar la emergencia de nuevas tradiciones en el seno de la derecha española.

Palabras clave: Ortega, derecha, liberalismo conservador, laicismo.

Abstract: Ortega y Gasset's political thought clearly liberal-conservative. However, it was criticized by whole of Spanish rights. Reason of this rejection was basically religious. His agnosticism, his defence of laicism and later his republicanism deprive him of rights support, who were mainly catholic and monarchist. However, understanding the arising of new traditions inside the Spanish right is not possible without his intellectual contribution.

Key words: Ortega's, liberal-conservative, right, laicism.

A cincuenta años de su muerte, José Ortega y Gasset, el máximo pensador español del siglo XX, ha tenido una relación conflictiva con el conjunto de la derecha española. Existen razones, sin duda, que explican este fenómeno. Su agnosticismo religioso, su consecuente defensa del laicismo y su ulterior republicanismo resultaban inaceptables para unas derechas casi unánimemente católicas y monárquicas. Pero también la izquierda criticó, y de forma más sañuda que la derecha, los planteamientos orteguianos, que le resultaban enormemente sospechosos, sobre todo su elitismo, su crítica del racionalismo, de la masificación y de la democracia. No obstante, un sector de la izquierda intentó ofrecer otra interpretación del legado orteguiano. Se habló, en ese sentido, del «liberalismo socialista», propugnado, según algunos, por el filósofo madrileño¹. Una interpretación, a nuestro juicio, errónea. Porque, en el fondo, José Ortega y Gasset fue un hombre de derecha. Conviene, no obstante, precisar, a ese respecto, conceptos. Entendemos por *derecha* un estilo de pensamiento político que tiene por base una *visión restringida* o *trágica* de la vida social, caracterizada por el pesimismo antropológico, la defensa de la diversidad social y cultural, de las desigualdades, de la continuidad, del elitismo; y del reformismo frente a la revolución². En el fondo, encarnó y teorizó una variante de lo que el historiador alemán Ernst Nolte ha denominado «liberalismo crítico», es decir, «un liberalismo que se convirtió en crítico también con respecto de sí mismo y llegó a la convicción de que “libertad” es algo más que una mera forma de vida entre otras y que la realización de la libertad con sus realizaciones representa un problema de incomparable dificultad y problematicidad»³. Sin la aportación orteguiana no puede entenderse la ulterior trayectoria de amplios sectores de la intelectualidad de la derecha española; ni la emergencia de nuevas «tradiciones» en su seno.

Mocedad rebelde: liberalismo, socialismo y nacionalismo.

José Ortega y Gasset nació en Madrid el 9 de mayo de 1883, en el seno de una familia de la alta burguesía. Su padre, el escritor José Ortega y Munilla, era director de *El Imparcial*, uno de los diarios más influyentes de la época. La vida de Ortega y Gasset sería, como expresó en su filosofía, «un diálogo con el contorno», es decir, con su circunstancia española. La España que le tocó vivir era una nación económicamente subdesarrollada, agraria, con fuertes diacronías en su seno; y cuya unidad resultaba aún incipiente, y que iba a ser pronto amenazada por la emergencia de los nacionalismos periféricos, en el País Vasco y Cataluña. Además, el régimen político de la Restauración era ineficaz y escasamente representativo, basado en el monopolio de los partidos liberal y conservador, e incapaz de garantizar una auténtica institucionalización de los con-

¹ Véase PELLICANI, L.: *Introduzione a Ortega y Gasset*, Nápoles, Linguori, 1978; *Introduzione a Scritti politici de Ortega y Gasset*; y «El liberalismo socialista de Ortega y Gasset», *Leviatán*, 12 (1983).

² SOWELL, T.: *Conflicto de visiones. Orígenes ideológicos de las luchas políticas*, Barcelona, Gedisa, 1990; del mismo autor, *The vision of the anointed: Self-congratulation as basis social policy*, Nueva York, 1995. Véase también PINKER, S.: *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 413 y ss.

³ NOLTE, E.: *El fascismo en su época*, Barcelona, Península, 1969, p. 52.

flictos sociales, dada su base caciquil y oligárquica. La vida intelectual era igualmente pobre. El siglo XIX se caracterizó por la tensión entre el krausismo y la neoescolástica del cardenal Zeferino González. Las dos corrientes más fecundas del siglo, el positivismo y el idealismo, tuvieron en nuestro suelo una recepción tardía y marginal⁴. El catolicismo español fue intelectualmente mediocre, si exceptuamos la figura de Menéndez Pelayo, y a los entonces desconocidos Angel Amor Ruibal o Juan González de Arintero. Lo que tuvo consecuencias en la trayectoria vital e intelectual del joven Ortega y Gasset, quien fue enviado a estudiar el bachillerato al internado del colegio jesuita de San Estanislao de Kotska en Miraflores del Palo, en Málaga; y luego a la Universidad de Deusto. A juzgar por el contenido de su correspondencia juvenil, su experiencia resultó negativa. Su opinión de los maestros jesuitas fue casi pesadillesca: «payasos de negrura», «hombres vestidos de negro dedicados tan sólo a ennegrecer la vida», «los jesuitas reducen la religión a hablar de pecados», etc, etc⁵. Ortega perdió la fe católica muy pronto. Y siempre se mostró partidario del laicismo, aunque rechazó el anticlericalismo de las izquierdas. La influencia del catolicismo fue insignificante en su formación intelectual. En la adolescencia, leyó a Menéndez Pelayo; pero muy pronto quedó desilusionado, acusando al polígrafo santanderino de «falta de perspectiva», fruto de su endeble formación filosófica⁶. No faltaron, además, críticas a sus obras. Frente a Menéndez Pelayo, vio en el krausismo el «único esfuerzo medular que ha gozado España en el último siglo, de someter el intelecto y el corazón de sus compatriotas a la disciplina germánica»⁷. Igualmente, criticó sus tesis sobre la ciencia española, porque, a su juicio, en España la actividad científica era «un hecho personalísimo y no una acción social, o como quiera decirse lo que se ha llamado sinergia». «Ciencia bárbara, mística y errabunda ha sido siempre y presumo que lo será, la ciencia española»⁸. Incluso polemizó con él, en defensa del laicismo, cuando Menéndez Pelayo dió su apoyo en una carta al obispo de Madrid-Alcalá en su pretensión de suprimir las escuelas laicas, cuya pedagogía calificó de «indigna mutilación del entendimiento humano en lo que tiene de más ideal y excelso»; lo que fue calificado por Ortega de «capcioso», porque laico no se oponía a religioso, sino a «eclesiástico»⁹. Finalmente, Ortega se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, en 1902.

En realidad, la figura de Ortega es inexplicable al margen del espíritu del 98. Su punto de arranque fue la crítica del sistema de la Restauración canovista y el patriotismo crítico; su ideal último, la europeización. Pero intentó completar el esquema noventayochista con la superación de los planteamientos recibidos, a partir de una

⁴ Véase FERNÁNDEZ CARVAJAL, R.: *El pensamiento español en el siglo XIX*, Murcia, Nausicaä, 2000.

⁵ ORTEGA Y GASSET, J.: *Cartas de un joven español*, Madrid, Revista de Occidente, 1991, pp. 81 y ss.

⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: *Meditaciones del Quijote* (1914), Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 2005, pp. 45 y ss.

⁷ «Una respuesta a una pregunta», *El Imparcial*, (13-XI-1911). ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*, Tomo I, Madrid, Revista de Occidente, 1983, p. 212.

⁸ «La ciencia romántica», *El Imparcial*, (4-VI-1906). ORTEGA Y GASSET, J.: *Misión del bibliotecario*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, pp. 18-19.

⁹ «Catecismo para la lectura de una carta», *El Imparcial*, (10-II-1910).

concepción sistematizada de la sociedad y del Estado. La juventud orteguiana estuvo marcada por las lecturas de Joaquín Costa y por la amistad con Ramiro de Maeztu. Ortega tomó del jurisconsulto aragonés temas como la «europeización» y la «regeneración» de la sociedad española. Su obra *Reconstitución y europeización de España* fue uno de los libros de cabecera del joven pensador: «ha orientado durante doce años nuestra voluntad a la vez que en él aprendimos el estilo político, la sensibilidad histórica y el mejor castellano»¹⁰. Ramiro de Maeztu, a quien conoció en 1902, fue el precursor de numerosos temas orteguianos: el nietzscheanismo, la distinción entre la España «oficial» y la España «real» -o «vital»-, el elitismo intelectual y el patriotismo crítico¹¹.

Al lado de los noventayochistas, se encuentran los neoconservadores franceses, como Hipólito Taine, Ernest Renan, Maurice Barrès, etc.¹² El más celebrado de todos ellos fue Renan, en quien vió la representación de una nueva sensibilidad filosófica, basada en la preeminencia del saber científico sobre la subjetividad literaria; lo que posteriormente le llevaría a defender la moral de la ciencia como vehículo de la modernización de la sociedad española, su particular reforma intelectual y moral. En Renan celebraba, además, su «amor a la verdad», su «alma felina», su «tolerancia» e «ironía»¹³. Maurice Barrès tuvo un lugar no desdeñable en la formación del filósofo madrileño. Su obra, dirá Ortega, «nos obliga a remover, en tanto le discutimos, las cenizas originales en el sacro altar del alma grecolatina». Sin embargo, como admirador de la cultura alemana, censuró el «chauvinismo indelicado» que desprendía la tesis de su novela *Colette Baudoche*. Igualmente, manifestó su oposición al egoísmo barresiano, «que no es ley, sino barbarie»¹⁴. Con respecto a Taine, mantuvo una postura ambivalente. En un artículo juvenil, recogió las críticas de Albert Aulard a *Los orígenes de la Francia contemporánea*, que, a su juicio, demostró «la mala fe científica de Taine». No obstante, reconocía «un gran ingenio y un fuerte temperamento retórico» al historiador y filósofo francés. Su principal objeción, en aquellos momentos, fue su enemistad hacia la «Razón» y hablar de «no sé qué realidad distinta de la racional, a cuyo amparo pueden llevar a cabo sus manejos los instintos reaccionarios». En ese sentido, Taine podía ser considerado como «el último baluarte teórico de los conservadores»¹⁵.

Junto a estos autores franceses, Friedrich Nietzsche es otro de los ídolos intelectuales del joven Ortega. Estimulado por Ramiro de Maeztu, se dió, como luego reco-

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, J.: «La pedagogía social como programa político» (1910), *Vieja y nueva política*, Madrid, Revista de Occidente, 1973. «La herencia viva de Costa», *El Imparcial*, (20-II-1911).

¹¹ Véase GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 60-63 y ss.

¹² «Alemán, latín y griego», *El Imparcial*, (10-IX-1911). ORTEGA Y GASSET, J.: *Misión del bibliotecario*, p. 56.

¹³ ORTEGA Y GASSET, J.: «Renan» (1909), *Mocedades*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974, pp. 26, 32, 36 y ss.

¹⁴ ORTEGA Y GASSET, J.: «Al margen del libro Colette Baudoche, por Maurice Barrès» (1910), *Mocedades*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974 pp. 59 y 61. «Renan», pp. 26-27.

¹⁵ «Taine, historien de la Révolution Française», *El Imparcial* (11-V-1908). ORTEGA Y GASSET, J.: *El espíritu de la letra*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, pp. 166 y 169.

nocería, a la lectura del filósofo alemán¹⁶. La impronta nietzscheana, como a tantos de sus contemporáneos, fue permanente. El aristocratismo intelectual y político, el vitalismo, la moral de distinción como norma de vida social, la crítica de la decadencia, son constantes de su pensamiento inseparables de las lecturas de Nietzsche.

A comienzos de 1905, Ortega viaja a la ciudad alemana de Leipzig, para matricularse en su Universidad. Allí asiste a las clases de Wundt y de Mirsch. Luego, pasó a Berlín, donde profundiza en la lectura de Kant, a través de Alois Riehl y de Georg Simmel. Más importante fue su estancia, al año siguiente, en Marburgo, donde se impregnó de la filosofía neokantiana de Hermann Cohen. La reinterpretación del kantismo llevada a cabo por éste tenía una clara dimensión política, y llevaba a una forma de socialismo liberal, evolutivo¹⁷. La influencia de la filosofía alemana no se detuvo en Cohen; fue mucho más extensa. En su biblioteca se encuentran obras de Simmel, Riehl, Mirsch, Natorp, Geiger, Schapp, Friedemann, Immisch, Lucka, Pfänder, Scheler, Jaensch, etc., etc.¹⁸

En 1910 ganó la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid. De ágil pluma y armado de todo aquel bagaje intelectual, Ortega tuvo, desde el principio, una clara vocación de liderazgo no ya espiritual, sino político. La preocupación política de Ortega fue temprana y profunda. Sus críticas al sistema político de la Restauración fueron tan puntuales como radicales. Maura, La Cierva, Romanones eran los destinatarios predilectos de sus diatribas. Y es que el joven filósofo aspiraba, en aquellos momentos, a una renovación del liberalismo español, al que juzgaba hegemonizado por el conservadurismo. Pretendía resucitar un liberalismo que instaurase «con sus manos suaves y puras un verdadero partido liberal», porque «los partidos liberales son fronterizos con la revolución o no son nada». En el fondo, el liberalismo era «el sistema de la revolución»; encarnaba «la revolución ideal», frente a la cual el conservadurismo no pasaba de representar un mero instinto¹⁹. Ortega intentó acercarse, en un primer momento, aunque sin fruto, al líder radical Alejandro Lerroux; y luego a los socialistas de Pablo Iglesias, quizás con la idea, a todas luces utópica, de dirigirlos intelectualmente. Porque lo que caracterizaba, a su juicio, al socialismo español era «la falta de una minoría intelectual»: «Proletaria es la organización y proletarias así mismo las ideas»²⁰. Recientes los acontecimientos de la «Semana Trágica» de Barcelona, Ortega pronunció en el Ateneo madrileño una conferencia sobre *Los problemas nacionales* y la juventud, donde criticó al gobierno de Maura y al régimen político, expresando su opinión sobre la situación española. En un primer momento, manifestó su dolor por pertenecer a una generación sin maestros: «No hemos heredado ni ideales ni virtudes; pero, ciertamente hemos heredado problemas». Por su parte, la clase política padecía «analfabetismo moral»; y ello unía tanto a liberales y conservadores como a republicanos. La «masa-pueblo» era «por definición, la que no tiene

¹⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: «¿Hombres o ideas?» (1908), en *Obras Completas*, p. 439.

¹⁷ Véase ORRINGER, N.: *Cohen*, Madrid, Ediciones del Orto, 2000, pp. 30-32.

¹⁸ Véase ORRINGER, N.: *Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid, Gredos, 1979.

¹⁹ «La reforma liberal», *Faro*, 1 (23-III-1908).

²⁰ «El recato socialista», *El Imparcial*, (2-IX-1908).

opiniones políticas originales, la que necesita de los pocos, de los elegidos, de las aristocracias morales para que concreten y orienten su volición hacia un ideal social determinado». El problema era, por tanto, la educación del pueblo; pero no existía ninguna organización política fuerte que pudiese educar al pueblo español en «la conciencia de libertad»²¹. Poco después fue invitado por la Casa del Partido Socialista a pronunciar otra conferencia sobre *La ciencia y la religión como problemas políticos*, en la que se autodefinió como «socialista», pero no marxista, ante todo por su rechazo absoluto al dogma de la lucha de clases. En su disertación, Ortega evocó a Saint-Simon y su teoría del «poder espiritual», a Lassalle y a Rudolf Stammler. Era necesario un nuevo «poder espiritual» que educase a la sociedad en los valores de la cultura y en la ciencia, frente a la influencia clerical. Y tal debía ser la función del Partido Socialista, implantando la «escuela única», socializadora de la moral científica, y la comunidad de trabajo, no clasista, sino ética. De esta forma, el Partido Socialista se convertiría en «el partido europeizador de España»²².

Un tema que tendría su continuidad en otra conferencia, pronunciada en la Sociedad *El Sitio*, de Bilbao, sobre *La pedagogía social como programa político*, donde ahondó en su proyecto, pero en esa ocasión el tema dominante fue la nación española y su situación socio-política. «España es un dolor enorme, profundo, difuso: España no existe como nación». En definitiva, España era «un problema». Ante tal circunstancia, cabían dos actitudes: un patriotismo «inactivo, espectador, extático»; y un patriotismo crítico, capaz de construir una nueva nación: «La patria es una tarea que cumplir, un problema a resolver, un deber». Esta construcción necesitaba de una pedagogía socializadora del pueblo español, en pos de una nueva comunidad nacional. A ese respecto, Ortega volvía a pronunciarse por la escuela laica y estatal, que exigía una pedagogía científica²³. Esta socialización era inseparable, pues, de la construcción de un nuevo nacionalismo español; de ahí la evocación de la figura de Ferdinand de Lassalle; y sus críticas al Partido Socialista, cuyo mayor defecto era haber llegado «a plena existencia sin la intervención de los intelectuales». El programa de los socialistas no le seducía en absoluto. Su internacionalismo era contrario a los intereses concretos del proletariado español, porque los partidos socialistas tenían que ser «tanto más nacionales cuanto menos construidas estén sus respectivas naciones». Y sentenciaba: «Lo internacional no excluye lo nacional, lo incluye»²⁴.

Para mayor heterodoxia, Ortega se decía socialista «por amor a la aristocracia»; era el suyo un socialismo desigualitario y elitista. Y es que el socialismo destruiría las

²¹ ORTEGA Y GASSET, J.: «Los problemas nacionales y la juventud» (1909), en *Obras Completas*, Tomo X, pp. 105 y ss.

²² ORTEGA Y GASSET, J.: «La ciencia y la religión como problemas políticos» (1910), en *Ibidem*, p. 119 y ss.

²³ ORTEGA Y GASSET, J.: «La pedagogía social como programa político» (1910), en *Vieja y nueva política*, pp. 106-107.

²⁴ «Miscelánea socialista», *El Imparcial*, (6-X-1912). Quizá la influencia de este socialismo nacionalista le venga igualmente de Maurice Barrès, quien estimaba que el nacionalismo «engendraba necesariamente el socialismo» (BARRÈS, M.: *Scènes et doctrines du nationalisme*, París, (1923, pp. 423 y ss.).

jerarquías basadas en privilegios injustos; y, una vez consumadas las reformas sociales, al ser la sociedad necesariamente jerárquica, emergerían las nuevas distinciones nacidas del mérito y del esfuerzo: «Volverán las clases, ¿quien lo duda?. Pero no serán económicas, no se dividirán los hombres en ricos y pobres; pero sí en mejores o peores. El Arte, la Ciencia, la Delicadeza, la Energía moral, volverán a ser valores sociales»²⁵.

Tales planteamientos no gustaron a la dirección socialista. Ortega fue invitado de nuevo por los socialistas, en marzo de 1912, a disertar sobre el socialismo de Lassalle, en la Escuela Nueva, donde reiteró sus planteamientos nacionalistas²⁶. *El Socialista* criticó los planteamientos del filósofo; y la conferencia, a pesar de estar anunciada su publicación por la *Biblioteca Socialista de la Escuela Nueva*, no fue publicada²⁷. Ello marcó su ruptura con el Partido Socialista.

Desde entonces, su posición político-intelectual estuvo centrada en el liberalismo. Fruto de sus proyectos fue la organización de la Liga de Educación Política, muy relacionada con el Partido Reformista, de Melquíades Álvarez, en el que militaban antiguos republicanos, que habían evolucionado hacia el accidentalismo, con el objetivo de lograr una serie de reformas en sentido liberal dentro del régimen de la Restauración. Según señalaba Ortega en el prospecto que servía de pórtico a la constitución de la Liga, perseguía «fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas». El porvenir de la nación española se encontraba ligado «al avance del liberalismo», que seguía siendo un liberalismo «social», considerando anacrónicos «los entecos principios individualistas». Muy crítica era su posición ante el liberalismo oficial, al que deseaba «una muerte feliz»; y acusaba a los conservadores de defender «valores falsos y arcaicos». No obstante, y de igual forma, descalificaba Ortega, al «republicanismo tradicional», cuya ideología era tan sólo un «venerable dogma»²⁸.

No tardó en dar su adhesión a la Liga Ramiro de Maeztu, quien, en una carta, consideraba que el prospecto estaba «realmente bien». Coincidió con Ortega en «lo de intentar formar un centro de información política, de cultura política»; pero el resto le parecía «impreciso», porque la declaración principal sobre el liberalismo «puede suscribirla un conservador». «El fin, el liberalismo, la autonomía; el medio, la autoridad, diría un conservador consciente». En definitiva, el escritor vasco veía en el programa orteguiano «lo mismo el germen de un futuro conservatismo que el de un futuro liberalismo y por eso no veo bien su congruencia con el reformismo»²⁹.

Aparte de Maeztu, dieron su adhesión a la Liga, Manuel García Morente, Antonio Machado, Federico de Onís, Francisco Bernis, Salvador de Madariaga, Américo Castro, Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala, etc.

²⁵ «Socialismo y aristocracia», *El Socialista*, (1-V-1913). ORTEGA Y GASSET, J.: *Vieja y nueva política*, pp. 174-175.

²⁶ *El País*, (25-V-1912).

²⁷ ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, pp. 136-137.

²⁸ ORTEGA Y GASSET, J.: «Proyecto de la Liga de Educación Política Española» (1913), en *Vieja y nueva política*, pp. 180 y ss.

²⁹ Archivo Centro Ortega y Gasset, (22 y 23-X-1913).

La presentación de la Liga tuvo lugar el 23 de marzo de 1914, en el Teatro de la Comedia, con la célebre conferencia de Ortega, «Vieja y nueva política». Su disertación fue una pieza magistral de retórica política. Ortega distinguió entre la España «oficial» y la España «vital»; caracterizó al sistema de la Restauración como un «panorama de fantasmas», donde existía un partido liberal «domesticado». Defendió la Monarquía: «Somos monárquicos, no tanto porque hagamos hincapié en serlo, sino porque ella -España- lo es. No vemos en la Restauración el fracaso de la Monarquía, sino también de los republicanos». Los miembros de la Liga eran monárquicos «sin lealismo», porque por encima de la Monarquía estaban «la justicia y España». Ortega tuvo palabras muy duras para Antonio Maura, representante, según él, del «trozo de la raza que hoy yo llamaría trozo histérico de España»³⁰.

El contenido de la conferencia no fue bien recibido ni por las derechas ni por las izquierdas. Una excepción fue la carta de Gabriel Maura a Ortega, donde felicitó al filósofo, ya que la Liga podía convertirse, al lado del maurismo naciente, en una de las fuerzas renovadoras de la Restauración³¹. Sin embargo, para *El Debate*, el rechazo de la «vieja política» ya había sido formulado por políticos e intelectuales de diverso signo, como Nocedal, Aparisi, Costa, Pi y Margall, Silvela, Mella; y su política «nueva» no hacía sino seguir los planteamientos reformistas de Melquíades Álvarez. Además, Ortega no había hecho referencia a problemas más concretos como el de la representación nacional, la organización del Ejército y la Marina, o el de la agricultura³². El rechazo de los socialistas fue más radical. *El Socialista* insistió en la debilidad de la argumentación de la conferencia y en la indefinición de Ortega, que «se declaró monárquico sin dejar de ser republicano»³³. De hecho, la Liga de Educación Política careció de transcendencia práctica. Posteriormente, Ortega dirigió la revista *España*; y sería una figura preeminente de *El Sol*, diario liberal fundado en 1917 por el empresario Nicolás María Urgoiti.

Madurez conservadora.

1914 fue importante para el filósofo; aquel año publicó su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, donde expuso ya los fundamentos de su filosofía, basada en la circunstancialidad de la vida humana. El individuo se halla inserto en una situación dada, a cuya problemática era preciso dar respuesta: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». De ahí su reiteración en la necesidad de un patriotismo proyectivo y, por lo tanto, antitradicionalista: «¡La tradición! La realidad tradicional de España ha consistido precisamente en el aniquilamiento progresivo de la posibilidad de España». Igualmente rechazó el socialismo, al que acusaba de inmovilismo, de presentarse, en su concepción del mundo materialista, «envuelto en la piel de elefante de un determinismo rudo, de un fatalismo arcaico»³⁴.

³⁰ ORTEGA Y GASSET, J.: *Vieja y nueva política* (1914), pp. 235 y ss.

³¹ Véase ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, pp. 145 y ss.

³² «Política vieja y muy vieja», *El Debate*, (25-III-1914).

³³ *El Socialista*, (24 y 25-III-1914).

³⁴ ORTEGA Y GASSET, J.: *Meditaciones del Quijote* (1914), Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 2005, pp. 74 y 145-146.

Mientras tanto, estallaba la Gran Guerra, cuyas consecuencias sociales y políticas iban a poner en cuestión las bases de la sociedad liberal. Se inauguró entonces un período de «refundación» de la Europa capitalista, en el que iba a fraguarse una alternativa a la movilización de masas suscitada por el desarrollo de las hostilidades y luego por la crisis revolucionaria surgida, sobre todo, a partir del triunfo de los bolcheviques en Rusia y sus precoces, y fallidos, intentos de trascender las fronteras del antiguo imperio zarista. Por de pronto, la crisis implicó un profundo cuestionamiento de las bases del Estado liberal de Derecho. La sociedad no podía ser ya concebida como un mero conglomerado de individuos atomizados; tampoco podía seguirse manteniendo que la voluntad política fuese el resultado de la agregación de voluntades individuales. De esta forma, el conjunto de las sociedades europeas iba a asistir a la instauración de un nuevo sistema sociopolítico corporativo, consistente en la articulación de mecanismos de transacción entre los intereses sociales³⁵.

El estallido de la guerra europea puso a Ortega en una difícil tesitura. De un lado, su liberalismo; de otro, su admiración por la cultura alemana. Fue acusado indistintamente de aliadófilo y de germanófilo³⁶. De hecho, simpatizó con Inglaterra y Francia, pero se negó a reconocer la superioridad de la cultura francesa sobre la alemana. Y firmó un manifiesto, redactado por Ramón Pérez de Ayala, en favor de los aliados³⁷. Pero Ortega nunca fue pacifista. La guerra no era consecuencia de la agresividad innata de la especie humana; era una invención útil de resolver conflictos y tenía la virtud de dinamizar la vida social: «Mas la guerra hace temblar en sus cimientos todas las aparentes inmovilidades»³⁸. En su comentario a la obra de Max Scheler, *El genio de la guerra y la guerra alemana*, Ortega puso de manifiesto su concepción realista de la política y de las relaciones internacionales. El filósofo criticaba, en ese sentido, el pacifismo por partir de una «concepción estática y, por lo tanto, falsa de la historia». Todas las teorías pacifistas eran «falsas, abstraídas y utópicas». La fuerza puesta al servicio de intereses materiales no explicaba nada en relación a la guerra, porque ésta era «un motor biológico y un impulso espiritual que son altos valores de la humanidad». «El ansia de dominio, la voluntad de que lo superior organice y rij a lo inferior constituyen dos soberanos impulsos morales»³⁹.

La crisis del sistema de la Restauración tuvo su fecha emblemática en 1917. Y se produjo en una serie de sucesivas oleadas: aparición de las Juntas de Defensa; asamblea de parlamentarios, auspiciada por los enemigos del «turno» de partidos; y la huelga general revolucionaria de agosto, protagonizada por las grandes centrales sindicales, CNT y UGT, al lado del PSOE. A lo largo de la crisis se puso de manifiesto la

³⁵ MAIER, C. S.: *La refundación de la Europa burguesa*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988.

³⁶ ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, pp. 155 y ss.

³⁷ «Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas», *España*, 24 (9-VII-1915).

³⁸ ORTEGA Y GASSET, J.: «En toda guerra grande» (1916), *El Espectador*, Tomo I, Madrid, Espasa-Calpe 1966, p. 38.

³⁹ ORTEGA Y GASSET, J.: «El genio de la guerra y la guerra alemana» (1916), *El Espectador*, Tomo II, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, pp. 108 y ss.

debilidad y el fraccionamiento de la nación y del Estado, produciéndose una clara extensión de los sentimientos particularistas. Por otra parte, la revolución rusa fue recibida por las masas trabajadoras organizadas con gran entusiasmo, que alentó a un considerable incremento de la conflictividad huelguística, el llamado «trienio bolchevique» en Andalucía y, especialmente, en Barcelona, donde se produjo una ola de atentados contra patronos y obreros, que nadie parecía capaz de frenar.

Ante la aparición de las Juntas de Defensa y el subsiguiente desarrollo de los acontecimientos, Ortega sostendrá, por vez primera, que «la España del siglo XX es una España invertebrada»; y que la realidad de las Juntas «corta el último cingulo de la autoridad normal que ceñía el cuerpo español». Además, señalaba que el conjunto de la sociedad había recibido «con desusada y misteriosa simpatía -este es el dato esencial- el airado ademán de la clase militar»; tal era «la cifra del inmediato porvenir». Ante esta situación, la única salida era la convocatoria de Cortes constituyentes⁴⁰. Ortega, no obstante, se mostraba contrario a cualquier proceso de carácter revolucionario, porque, a su juicio, en aquellos momentos, tanto en España como en el resto de Europa, no sólo habían fracasado las instituciones tradicionales, sino también las instituciones democráticas. «Al arrumbar Europa en aquellas y estas, tal vez descubramos que muchos radicales españoles se hacen tradicionalistas de la democracia»⁴¹. Era necesario, pues, sustituir a las fracasadas elites políticas del sistema, por las fuerzas sociales organizadas⁴². A ese respecto, propugnó, tras el final de la Gran Guerra, un programa mínimo para lograr un cambio «ordenado»: reforma constitucional, con la instauración de «la absoluta libertad de conciencia», «aunque perduren las cargas de culto y clero»; supresión del senado; descentralización; y política social, mediante la cual el Estado debía lograr la «progresiva elevación de la clase obrera», cuyo primer paso sería la creación de «un Ministerio de la organización obrera»; y la instauración de un «Parlamento industrial», con representación paritaria de obreros y empresarios, y arbitraje estatal. Lo importante era, sin embargo, que la nueva institución estuviese «libre de toda la actual fauna política»⁴³.

Ortega condenó, desde el primer momento, la revolución rusa, a su juicio consecuencia de la trayectoria histórica de un país ajeno a la tradición europea. La dictadura del proletariado era incompatible con el principio de libertad individual. Y, por lo tanto, resultaba vital oponerse a la «rusificación de Europa». «En Cataluña, como en Andalucía, y por halo de repercusión, en el resto de la Península, han sido desorientadas las cabezas de nuestros trabajadores por el ballet ruso del bolchevismo». En un principio, el filósofo rechazó la posibilidad de una dictadura, que equivalía, en

⁴⁰ «Bajo el arco en ruina», *El Imparcial*, (11-VI-1917). ORTEGA Y GASSET, J.: *Vieja y nueva política*, pp. 238 y ss.

⁴¹ «Un poco de sociología», *El Sol*, (15-II-1918). Ortega, *Vieja*, p. 300.

⁴² «El hombre de la calle busca un candidato», *El Sol*, (24-II-1918). Ortega, *Vieja*, p. 312.

⁴³ «Un parlamento industrial», *El Sol*, (1-IV-1918). ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*, Tomo X, pp. 530 y ss.

el contexto español, a la «anarquía». Casi un año después la realidad era muy distinta; y para entonces apostaba ya por un gobierno militar «responsable» o «irresponsable»; porque había sonado la «hora de Hércules»⁴⁴.

A partir de esa experiencia, Ortega comenzó a indagar las razones de la «invertibración» nacional. No es extraño que los conceptos de «misión» y «empresa» cobraran una importancia capital en el lenguaje de su nacionalismo. A su juicio, lo que dá a la nación consistencia son los horizontes ideales y políticos, suscitados por las elites, no «el ayer, el pretérito, el haber tradicional». Sin un programa para el mañana, sin la conciencia de que la nación «se está haciendo» continuamente no puede hablarse de un Estado dotado de vigor histórico. Sin embargo, la concepción orteguiana acerca de la sociedad y de la historia, pese a sus críticas al conservadurismo y al tradicionalismo, muchas veces puramente retóricas, no se encuentra inserta en un dinamismo omnicompreensivo. Su maduración intelectual implica, según el propio testimonio del filósofo, la progresiva liberación del «influjo de las ideas dominantes en nuestro tiempo», sustrayéndose de «la magia del deber ser». Buena prueba de ello fue el diagnóstico defendido en su célebre obra *España invertibrada*, cuyo contenido le aproxima, sin duda, al neoconservadurismo intelectual generalizado a lo largo del período de entreguerras. La concepción cíclica de la historia -épocas «kitra» y «kali», caracterizadas respectivamente por el ascenso o decadencia de las elites-, la valoración de la fuerza como signo de vitalidad histórica, la reivindicación del espíritu guerrero medieval frente a los valores burgueses y utilitarios representados por la sociología de Herbert Spencer, la crítica a la modernidad, el elitismo aristocrático y las referencias a un pasado preindustrial son rasgos concluyentes de la relación de Ortega con las corrientes conservadoras de la época. En sus análisis de la situación española, el filósofo parte, como ya hemos adelantado, de un concepto de nación como empresa colectiva suscitada por la acción proyectiva de las elites; es «una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos». Ortega ve en la formación de los estados un proceso de integración que a base de elementos primitivamente aislados va creando unidades cada vez más amplias, sin destruir empero la vida peculiar de los primeros elementos. Pero la historia de una nación no comprende sólo los momentos de formación y ascenso, sino también los de desintegración y decaimiento. Decadencia es desintegración y como tal es una parte esencial del proceso vital de la nación y su dinámica. La capacidad de formar una nación es un poder creador. En España, el elemento político creador ha sido desde siempre Castilla y sólo Castilla. Castilla sabe mandar. Desde el principio, se orienta hacia las grandes empresas. A través de la lucha contra los árabes, descubrió la idea de unidad nacional; y en cuanto la unión se hace, se lanza a nuevos y grandiosos fines: la expansión por el mundo de la energía española. Hasta 1580 el proceso vital de España es la integra-

⁴⁴ «Discrepancias radicales», *El Sol*, (2-XI-1919). «La situación actual de España», *El Sol*, (25-XI-1919). «En 1919 "Dictadura" es sinónimo de anarquía», *El Sol*, (9-III-1919). «La situación político-militar», *El Sol*, (20-II-1920). ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*, Tomo X, pp. 508 y ss., 596, 609 y ss.

ción, es decir, condensación y acopio de energías. En aquel momento, se invierte la dirección del desarrollo. Ahora bien, las tendencias particularistas sólo podían desarrollarse cuando el propio poder central de la sociedad está atacado de particularismo; y eso es lo que ocurría en España. La Monarquía y la Iglesia anteponen sus intereses privados a la nación. A ello se une el particularismo de las clases sociales. El militar, el industrial, el intelectual, el campesino, el obrero, el aristócrata, cada uno vive herméticamente cerrado dentro de sí mismo. Por su parte, el pueblo español se caracteriza por la «aristofobia»; detesta al hombre ejemplar, a las minorías selectas. En España, todo lo ha hecho el pueblo y lo que éste no ha hecho ha quedado sin hacer. La razón de ello para Ortega se encuentra en la debilidad del feudalismo español. La diferencia entre Francia y España radica en la diferente calidad de los pueblos germanos que invadieron ambos territorios: los francos y los visigodos. En la escala de la vitalidad histórica del franco al visigodo va una gran distancia: el franco ocupa el grado más alto, y el visigodo un grado muy inferior. De este modo, España se vió privada de una minoría noble dirigente. Esto se vió claramente a lo largo de la Reconquista, la lucha de ocho siglos para recobrar los territorios dominados por los moros. De existir un feudalismo fuerte, probablemente hubiera habido verdadera Reconquista, como en otras partes hubo Cruzadas. De todo ello se deduce que el problema capital de España es la ausencia de los «aristoi», de los «mejores», de las minorías selectas⁴⁵.

A ese respecto, Ortega tuvo siempre una actitud ambivalente hacia la democracia. Para él, la única democracia legítima era la liberal, que representaba, a su juicio, «la más alta voluntad de convivencia»; y era la «suprema generosidad: es el derecho que otorga la mayoría a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta»⁴⁶. Sin embargo, al espíritu aristocrático orteguiano le molestaba sobremanera el plebeyismo, la chabacanería y el envilecimiento que consideraba inherente al proceso de masificación y nivelación que experimentaban las sociedades europeas. En fecha tan significativa como 1917, publicó su artículo «Democracia morbosa», donde responsabilizó a la democracia del imperio de esas lacras; y es que la democracia era tolerable sólo si estaba limitada por el liberalismo. Pero «la democracia exasperada y fuera de sí, la democracia en religión o en arte, la democracia en el pensamiento o en el gesto, la democracia en el corazón y en la costumbre es el más peligroso morbo que pueda padecer una sociedad»⁴⁷. Porque «contra la ingenuidad igualitaria es preciso hacer notar que la jerarquización es el impulso esencial de la socialización»⁴⁸. En plena Dictadura primmeriverista, el filósofo diferenció claramente entre liberalismo y democracia:

«Democracia y liberalismo son dos respuestas a dos cuestiones de Derecho político completamente distintas». Y es que mientras la democracia contesta a la pregun-

⁴⁵ ORTEGA Y GASSET, J.: *España invertebrada* (1921), Madrid, Revista de Occidente, 1981.

⁴⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas* (1930), Madrid, Alianza, 1981, pp. 101. .

⁴⁷ ORTEGA Y GASSET, J.: «Democracia morbosa» (1917), *El Espectador*, Tomo II. Madrid, Espasa-Calpe, 1969, pp. 24 y ss.

⁴⁸ ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas* (1930), pp. 77 y ss.

ta sobre el sujeto del poder político, haciendo recaer éste sobre la colectividad de los ciudadanos, el liberalismo contesta a la pregunta sobre las limitaciones de dicho poder y sostiene que éste no puede ser absoluto, por tener las personas derechos previos a toda interferencia del Estado. Y significativamente, añadía: «Se puede ser liberal y nada demócrata o, viceversa, muy demócrata y nada liberal»⁴⁹.

En 1923, Ortega publica *El tema de nuestro tiempo*, una de sus obras de mayor enjundia filosófica, en cuyas páginas acusa al racionalismo o «misticismo de la razón» de tres errores: identificación de la realidad con la imagen que nos hacemos de ella; no querer ver las irracionalidades que suscita por todos lados el uso puro de la razón misma; y la renuncia a la vida, porque se supone que la historia «carece de sentido y es propiamente la historia de los estorbos puestos a la razón para manifestarse». Frente a tales inexactitudes, Ortega afirma que la realidad es constitutivamente irracional; que la razón desemboca siempre en lo irracional; y que, en definitiva, el pensamiento es un instrumento para la vida, «órgano de ella, que ella regula y gobierna». Esta crítica al racionalismo tenía unas claras consecuencias de orden filosófico-político y desemboca en el rechazo de la revolución. A su entender, la idea revolucionaria era un producto del racionalismo; lo que recuerda a Burke, a Maistre y a Taine. El racionalismo implica un ideal de intemporalidad en virtud de la cual la vida queda despojada de lo que «concretamente somos, de nuestra realidad palpante histórica». La historia es, pues, la víctima propiciatoria de ese movimiento intelectualista, que termina por erigirse en culto a la razón, como supremo poder configurador de la realidad. El mundo que esta razón, desconectada de la vida y de la historia, es capaz de percibir, no será ya «el mundo inmediato y evidente que contemplan nuestros ojos, palpan nuestras manos, atienden nuestros oídos». El racionalismo sacrifica lo cualitativo a lo cuantitativo. La razón pura opera «more geométrico», elaborando esquemas racionales y deduciendo con «lógica maravillosa» a partir de supuestos muy simples. Resulta, pues, según esto, que los términos «racionalismo» y «revolución» son correlativos⁵⁰.

Esta posición abiertamente conservadora puede percibirse igualmente en su delimitación de los mundos diferentes en que se mueve el político genuino, como Mirabeau, y el revolucionario. Mientras éste último cree en la necesidad de provocar cambios radicales «sin duración de tránsito», convirtiendo la sociedad en algo distinto de lo que siempre fue, el político sagaz sabe que todo cambio social exige una evolución, un ascenso gradual en pos de reformas concretas que los tiempos exigen. El método político por excelencia es el de la reforma, «emanada de una previa conformidad con lo real; la modificación ideal de la vida, que parte de haber reconocido previamente sus condiciones»⁵¹.

⁴⁹ ORTEGA Y GASSET, J.: «Notas del vago estío» (1925), *El Espectador*, Tomo VI, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, pp. 31-33.

⁵⁰ ORTEGA Y GASSET, J.: *El tema de nuestro tiempo* (1923), Madrid, Tecnos, 2002, pp. 143 y ss.

⁵¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *Mirabeau o el político. Contreras o el aventurero* (1927), Madrid, Revista de Occidente, 1974, pp. 61 y ss.

Como liberal-conservador, Ortega rechazó el fascismo. En un primer momento, vió en él un «cariz enigmático», ya que aparecían en su seno los contenidos más opuestos: autoritarismo y rebelión; lucha contra la democracia y negativa a restaurar sistemas políticos pretéritos; forja de un Estado fuerte y empleo de las medidas más disolventes para lograrlo. Sus características más notables eran, sin embargo, la violencia y la ilegitimidad; lo primero consecuencia de lo segundo. El fascismo era un movimiento político «ilegítimo», porque no se preocupaba de dar fundamento a su práctica política. Lo que era consecuencia de la crisis de las instituciones liberales que padecía Europa desde el final de la Gran Guerra. «Y si se mira la Europa continental se advierte que el poder legítimo está, dondequiera, apoyado en telarañas y a merced del primer puño ilegítimo que quiera dar al traste con él»⁵². Posteriormente, desarrolló, desde su perspectiva elitista, una crítica del fenómeno fascista como una de las diversas formas de «rebelión de las masas», consistente en el derrocamiento de las instituciones liberales y la exaltación de los valores plebeyos, en el que se radicalizaban todas y cada una de las patologías de la sociedad de masas: libre expansión de los deseos y radical ingratitud hacia las elites, conformismo, ausencia de proyecto personal de vida, inercia mental, «acción directa», etc. Además, el antiliberalismo fascista representaba una discontinuidad histórica y, por lo tanto, resultaba anacrónico: «El pasado tiene razón, la suya. Si no se le dá esa que tiene, volverá a reclamarla, y de paso a imponer la que no tiene. El liberalismo tenía una razón, y esa hay que dársela por saecula saeculorum». En ese sentido, condenaba igualmente el estatismo fascista, como «la forma superior que toman la violencia y la acción directa constituidas en norma»⁵³.

En julio de 1923, Ortega había fundado la *Revista de Occidente*, en cuyas páginas iban a colaborar sobre todo los discípulos del filósofo; pero donde tampoco faltaron intelectuales de la derecha tradicional como Eugenio d'Ors, Eugenio Montes o Pedro Sainz Rodríguez; y futuros falangistas como Ramiro Ledesma Ramos o Ernesto Giménez Caballero. Ortega dió audiencia en la editorial afín a la revista y en sus páginas, lo mismo que en Espasa-Calpe, a intelectuales europeos afines a las nuevas perspectivas conservadoras, sobre todo alemanes: Carl Schmitt, Oswald Spengler, Jacob von Uexkull, Max Scheler, Hermann Keyserling, Werner Sombart, Carl Gustav Jung, Alois Dempf, Othmar Spann, o a románticos decimonónicos antiliberales como Adam Müller⁵⁴.

El pronunciamiento militar del 13 de septiembre de 1923 acaudillado por el general Miguel Primo de Rivera fue favorablemente recibido por el filósofo, que tres años antes, como ya sabemos, había pedido una dictadura militar. En unas declaraciones realizadas al *Diario de Lisboa*, Ortega señalaba que el golpe de Estado era con-

⁵² ORTEGA Y GASSET, J.: «Sobre el fascismo» (1925), *El Espectador*, Tomos V-VI, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, pp. 137 y ss.

⁵³ ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas* (1930), p. 140.

⁵⁴ Véase LÓPEZ CAMPILLO, E.: *La Revista de Occidente y la formación de minorías*, Madrid, Taurus, 1972.

secuencia de la crisis de la civilización europea, que avanzaba hacia formas más «adivinhadas que conhecidas». El parlamentarismo, el sufragio universal, la obsesión por los derechos políticos eran, según él, «fétiches amenazados de ruina»⁵⁵. Y es que el objetivo del nuevo Directorio militar debía ser acabar con la «vieja política»; lo que era digno de elogio y coincidía con la opinión pública: «Si el movimiento militar ha querido identificarse con la opinión pública y ser plenamente popular, justo es decir que lo ha conseguido por entero». No obstante, ahí se encontraba el problema, porque la vieja política era consecuencia de un mal mucho más profundo que la existencia y acción de las elites de la Restauración. En el fondo, la «vieja política» estaba íntimamente relacionada con la invertebración de la sociedad española; «era y es el sistema de gobierno que espontánea y entrañablemente corresponde al modo de ser de los españoles». El problema era, pues, «sustituir los usos de los gobernados»⁵⁶.

Ortega era consciente de la crisis del parlamentarismo; pero no se mostraba partidario de su abolición, sino de «inventar otro nuevo», dispensando al Parlamento de intervenir en «las menudencias de la existencia diaria» y en los asuntos locales. Su función debía centrarse «en las ingentes faenas de rango nacional, la alta legislación, la suprema vigilancia sobre los Gobiernos, la última instancia para el ciudadano que la autoridad vejase». Igualmente, era necesario «seleccionar el personal del Parlamento», cortando su comunicación con el pequeño distrito y dando su representación a las regiones; lo que contribuiría a «desaldeanizar» el sistema político⁵⁷. Cuando el conde de Romanones intentó articular, a comienzos de 1925, un frente único en defensa de la Constitución de 1876, Ortega se opuso, acusándole de pretender volver a la «vieja política»⁵⁸.

Con motivo de la muerte de Antonio Maura, a quien anteriormente no había regateado críticas, Ortega rindió homenaje al líder conservador, que había sido «el único político que ha habido en España durante los últimos cuarenta años»; y cuyo acierto fundamental había sido el intento de fijar las bases de una reorganización de la vida política. Coincidió el filósofo con Maura en que la solución a la problemática suscitada por el caciquismo era la descentralización administrativa⁵⁹. Fue este el punto de partida de su obra *La redención de las provincias*, publicada en 1930. Ortega creyó haber encontrado la solución al problema de la invertebración nacional, mediante la superación del localismo, potenciando la unidad inmediatamente superior, la provincia, y a través de ella suscitando la dinámica integradora.

⁵⁵ MANSO, J.: «A Espanha hoie. A revolução espanhola traduziu uma necessidade vital segundo nos diz o ilustre catedrático Ortega y Gasset», en *Diario de Lisboa*, (3-X-1923). Citado en ZAMORA, J., *Ortega y Gasset*, pp. 237 y ss.

⁵⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: «Sobre la vieja política», *El Sol*, (27-XI-1923).

⁵⁷ «El Parlamento: como dignificar su función», *El Sol*, (12-VII-1924). «El Parlamento: como se pueden tener mejores parlamentarios», *El Sol*, (19-VII-1924). ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*, Tomo XI, pp. 45-46 y 49.

⁵⁸ «Entreacto polémico», *El Sol*, (15-III-1925). ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*, Tomo XI, pp. 60 y ss.

⁵⁹ «Maura o la política», *El Sol*, (18-XII-1925).

La estructura política que superaría la invertebración sería la consistente en intercalar entre los niveles negativos, pueblo y capital, ese agregado de provincias que era «la gran comarca». Se trataba de aprovechar lo que de movilizador tenía el regionalismo, para, a través de su reconversión, hacer de ella la base de la reconstrucción nacional⁶⁰.

Pero Ortega, en aquellos momentos, no sólo se dedicaba al análisis de la situación española, sino que redactaba su obra más célebre, *La rebelión de las masas*, donde intentó dar su diagnóstico sobre la crisis que atenazaba al mundo. No había duda de que las sociedades padecían una clara crisis moral. De nuevo, Ortega partiría de su concepción elitista de la sociedad, que es siempre, se quiera o no, «una unidad dinámica de dos factores: minoría y masa». La minoría son los individuos o grupos de individuos «especialmente cualificados». Masa es «el hombre medio». El hombre-masa es “el hombre previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas en el pasado, y, por lo mismo, dócil a todas las disciplinas llamadas «internacionales». En contraposición a éste, se encuentran los hombres selectos, los nobles, los únicos activos y no sólo reactivos, para quienes vivir es una perpetua tensión, un incesante entrenamiento; son «los ascetas». Pues bien; cuando las masas, incapaces de alentar un proyecto de vida colectiva, pretenden actuar por sí mismas, cuando se levantan contra su propio destino y aspiran al mando, podemos hablar, dice Ortega, de rebelión de las masas. Ello es evidente en el caso político. Bolchevismo y fascismo son conceptuados como «movimientos típicos de hombres-masa»; son claros ejemplos de «regresión sustancial». Pero lo mismo acontece en el arte, en la religión y en la propia vida intelectual. La rebelión de las masas ha producido, además, un tipo humano cuya psicología es la del «señorito satisfecho». Este modo deficiente de ser hombre es propio de quien se comporta exclusivamente como heredero: «ahora la herencia es la civilización –las comodidades, la seguridad; en suma, las ventajas de la civilización». Semejante inautenticidad, grave ya de por sí en la vida individual, cobra un carácter de amenaza generalizada cuando caracteriza a la conciencia colectiva de los pueblos. En la obra, Ortega manifestó, además, su admiración por los liberales doctrinarios franceses, atribuyéndoles el mérito de haber descubierto la dimensión política de lo histórico en una época en que aún seguía viva la tradición racionalista. Y es el que «los confusionarios del 89» se propusieron nada menos que la transformación súbita de las sociedades; lo que chocaba con uno de los fundamentos de la antropología humana, como era la continuidad, dado que «en la vida humana nunca se puede empezar de nuevo»; por el contrario, «las revoluciones, tan incontinentes en sus prisas, hipocritamente generosa, de proclamar derechos, han violado siempre, hollado y roto el derecho fundamental del hombre; tan fundamental que es la definición misma de su sustancia: el derecho a la continuidad». El hombre nunca es el primer hombre, porque, a diferencia del animal, merced a las tradiciones, acumula su propio pasado, lo posee y lo apro-

⁶⁰ ORTEGA Y GASSET, J.: *La redención de las provincias* (1930), Madrid, Revista de Occidente, 1973.

vecha. En ese sentido, «romper con el pasado, querer comenzar de nuevo, es aspirar a descender y plagiar al orangután»⁶¹.

Las discrepancias del filósofo con la Dictadura comenzaron alrededor de 1928. Primo de Rivera era lector asiduo de los artículos de Ortega en *El Sol*; pero no permitió que se publicara una de sus colaboraciones, centrada en su idea de «comarca»; y en una nota sugirió que siguiera con sus artículos y que incluyera el censurado en un libro junto al resto, donde sus ideas regionalistas tendrían un menor impacto. Ofendido, Ortega se negó a continuar; pero luego, una vez muerto Primo de Rivera, lo incluiría en *La redención de las provincias*⁶².

Muy mal recibido por el filósofo fue el proyecto de estatuto universitario del ministro Eduardo Callejo, que autorizaba a los agustinos y jesuitas a conceder títulos académicos. Los estudiantes iniciaron una protesta, que fue reprimida con severidad por el régimen. Se cercó la Universidad. Lo que tuvo como consecuencia la dimisión de varios profesores, entre ellos el propio Ortega⁶³. Cuando se produjo la dimisión de Primo de Rivera, su valoración de la Dictadura fue totalmente negativa. En el fondo, el Dictador había sido el «enfant terrible» del antiguo régimen. Al mismo tiempo, se volvió a mostrar partidario de una profunda reforma política⁶⁴. No resulta extraño que el programa y la actuación política del sustituto de Primo de Rivera, el general palatino Dámaso Berenguer, consistente en un retorno a la situación anterior a 1923, le llevara ya a una militancia explícitamente republicana. Su célebre artículo «El error Berenguer» fue un golpe maestro a una Monarquía que atravesaba por una de sus peores crisis. El filósofo había llegado a la conclusión de que la Monarquía de la Restauración, buena o mala cuando se instauró, había dado de sí cuanto podía; y que la única solución política venía de la mano de un nuevo régimen republicano: «¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruirlo! Delenda est Monarchia»⁶⁵.

Poco después, Ortega, al lado de Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, fundó la Agrupación al Servicio de la República, cuyo objetivo era «movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República española», «hacer una leva general de fuerzas que combatan a la Monarquía»⁶⁶.

Un republicano conservador.

Uno de los grandes y graves handicaps de la II República fue la inexistencia de una derecha genuinamente republicana. Los partidos acaudillados por Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura y Melquiades Álvarez fueron grupo de notables, sin base de

⁶¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas* (1930), pp. 51 y ss.

⁶² Véase ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, pp. 263 y ss.

⁶³ ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, pp. 281 y ss.

⁶⁴ «Organización de la decencia nacional», *El Sol*, (5-II-1930).

⁶⁵ «El error Berenguer», *El Sol*, (15-XI-1930).

⁶⁶ «Agrupación al Servicio de la República», *El Sol*, (10-II-1931).

masas, ni proyecto político preciso⁶⁷. La Agrupación al Servicio de la República pudo haber llenado ese hueco; pero, por diversas razones, tampoco llegó a cristalizar. Poco antes de la caída de la Monarquía, la Agrupación había publicado una circular en la que se indicaban los puntos esenciales de su programa: Estatuto de Trabajo, declarando a todos los ciudadanos «trabajadores»; sindicación forzosa; economía organizada; descentralización administrativa; y separación de la Iglesia y el Estado. La Agrupación aspiraba a «fundir intelectuales y obreros» y anunciaba la creación de una sección juvenil⁶⁸.

Una vez proclamada la II República, Ortega saludó al nuevo régimen. Tras elogiar la forma pacífica de su nacimiento, el filósofo le ofreció «unos adavanes de doctrina»⁶⁹. Con motivo de la quema de conventos de mayo, protestó contra «el fetichismo primitivo y criminal» de aquella acción⁷⁰. En las elecciones, la Agrupación consiguió catorce escaños. Y Ortega resultó elegido por la circunscripción de León, donde contaba con el apoyo de Justino de Azcárate⁷¹. En todo momento, el filósofo se esforzó en negar que el advenimiento de la República hubiera significado una revolución; tal supuesto era «la tergiversación más grave y desorientadora que puede cometerse». Tanto era así que mientras no se enterrase el vocablo «revolución», «la República no habrá recobrado su tono limpio, su son de buena ley». Era necesario «ir sin vacilación a una reforma pero sin radicalismo»⁷².

En un primer momento, alabó la ejecutoria de Manuel Azaña, al frente del Ministerio de la Guerra. Su reforma de las Fuerzas Armadas era «la hazaña de Azaña: la reducción radical del Ejército»⁷³. Pero, poco a poco, se fue distanciando del régimen que había contribuido a instaurar. En sus discursos, se mostró partidario de un «Estado fuerte» y «una economía organizada», «sin aplastar al individuo productor, al capitalista, al empresario particular, antes bien, embarcándole animosamente, interesándole en el gran negocio colectivo»⁷⁴. De un parlamento «magro y sobrio», de una democracia «poco parlamentaria y charladora». Igualmente propugnó la generalización del autonomismo a toda España, con el objetivo de desvalorizar las reivindicaciones de los nacionalismos periféricos. Y la elección del presidente de la República por asambleas regionales. Abogó por la separación de la Iglesia y el Estado; pero el proyecto de los republicanos de izquierda le parecía de «gran improcedencia». A ese respecto, el Estado debía «actuar con nobleza, por las fuerzas del pasado que representa; pero, además, con cautela»⁷⁵.

⁶⁷ Véase FERNÁNDEZ, L. I.: *La derecha liberal en la II República*, Madrid, UNED, 2000.

⁶⁸ ORTEGA Y GASSET, J.: «Circular» (1931), en *Rectificación de la República*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, pp. 57 y ss.

⁶⁹ ORTEGA Y GASSET, J.: *Rectificación*, p. 75.

⁷⁰ *Crisol* (14-V-1931).

⁷¹ ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, p. 333.

⁷² «Un aldobonazo», *Crisol*, (9-IX-1931). ORTEGA Y GASSET, J.: *Rectificación*, pp. 140-142.

⁷³ «Pensar en grande!», *Crisol*, (2-VI-1931). ORTEGA Y GASSET, J.: *Rectificación*, p. 82.

⁷⁴ «Discurso en León» (1931), en J. Ortega y Gasset, *Rectificación*, p. 109.

⁷⁵ «Proyecto de Constitución» (1931), *Rectificación*, pp. 111 ss.

Notable fue asimismo su discurso sobre el Estatuto de Cataluña, en el que acusó al nacionalismo catalán de «particularismo», «un sentimiento de diotorno vago, de intensidad variable, pero de tendencia sumamente clara, que se apodera de un pueblo o colectividad y le hace desear ardientemente vivir aparte de los demás pueblos o colectividades». Cataluña adolecía de «señerismo», una actitud incoercible, que tan sólo podía «conllevarse». Se negó a ceder a las instituciones autónomas la enseñanza, y el orden judicial. Había que dar satisfacción al «anhelo regionalista», pero sin merma de la soberanía nacional⁷⁶.

Y es que el desarrollo de los acontecimientos, y en concreto la política de la coalición republicano-socialista liderada por Manuel Azaña, no gustó al filósofo. Es célebre su «¡No es esto, no es esto!», con que terminaba su artículo titulado «Un aldabonazo»⁷⁷. Pidió la «rectificación de la República» y se mostró partidario de la organización de un partido «de dimensión enorme, de rigurosa disciplina, que sea capaz de imponerse, de defenderse frente a todos los partidos partidistas». Tal fue la tesis de su discurso pronunciado en el cine de la Opera el 6 de diciembre de 1931; pero su mensaje fue desoído, entre otros por Miguel Maura, a quien se había dirigido el filósofo, y que asistió al acto⁷⁸.

Finalmente, Ortega, desilusionado, optó por el abandono de la vida política. La Agrupación acabó por disolverse, con gran alegría de las izquierdas, que se distinguieron por su desdén e incluso por su odio hacia el filósofo. De hecho, Ortega fue una de las personas que salieron peor paradas en los Diarios y Memorias de Manuel Azaña. La hostilidad del político alcalaíno venía de lejos. Ya en 1927 expresó su manifiesta antipatía hacia el madrileño:

«Ortega ha puesto al alcance de las damas y de los periodistas el vocabulario de la filosofía. Una cosa es pensar; otra tener ocurrencias. Ortega tiene ocurrencias (...) Quéédese en revistero de salones. Su originalidad consiste en haber tomado la Metafísica por trampolín para su arribismo y de sus ambiciones de señorito»⁷⁹.

Ya en la República, Azaña confesaba, en sus diarios, que, a pesar de las alabanzas de Ortega a su reforma militar, «entre este hombre y yo toda cordialidad es imposible». Ortega era «un camelista», «masa encefálica», de «un fondo de provinciano incurable», «dice pedanterías», experto en «críticas fáciles», que, además, se había entrevistado en secreto con Ángel Herrera para torpedear la Constitución. Le coloca en «la parte más conservadora de las Cortes»; califica de «endebles» y «añejos» sus discursos, sobre todo en sus críticas al Estatuto de Cataluña; le acusa de hacer «lo que puede por destruirnos» y de «jesuitismo», porque «su malhumor contra la República data de la aprobación del artículo 26». Incluso atribuye la intentona del 10 de agosto de 1932, no sólo a las campañas periodísticas de *ABC* o *El Debate*, sino a «algu-

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ ORTEGA Y GASSET, J.: *Rectificación*, p. 142.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 95 ss.

⁷⁹ AZAÑA, M.: «Diarios íntimos y cuadernillos de apuntes. Madrid, 1927», en M. Azaña, *Obras Completas*, Tomo III, Madrid, Giner, 1990, p. 866.

nos artículos de Ortega». Y señala: «La impresión que ha causado a don José Ortega el fracaso de Sanjurjo es *que aquí no se sabe organizar nada*». Le veía, además, relacionado con Juan March⁸⁰.

Pero la diatriba antiorteguiana más radical fue la protagonizada por el socialista Luis Araquistain, en las páginas de la revista marxista *Leviatán*, donde le calificó de «coruscante escritor», de «pequeño burgués», de «autoselecto», de «romántico» -en el sentido de Carl Schmitt-, de «egocéntrico», etc. etc. Luego descalificó su pensamiento, «inconcluso y contradictorio», «como obra casi siempre improvisada, por lo general y desprovisto de una información completa o bastante amplia, cuyas fuentes, por otra parte, rara vez aparecen en sus escritos», «un pensamiento desordenado y discontinuo». Ortega era un «individualista vitalista a ultranza, para quien la sociedad, ahora y siempre, tiene una inmutable estructura». Su vitalismo era, en consecuencia, «esencialmente contrarrevolucionario», heredero de Schopenhauer y Nietzsche⁸¹. La animadversión de Araquistain hacia Ortega no cesó con el tiempo; en su última obra, el dirigente socialista calificó *La rebelión de las masas* de «eyaculación panfletaria»⁸².

Tras la dimisión de Ortega, la Agrupación al Servicio de la República estuvo dirigida, en el Parlamento, por Alfonso García Valdecasas. Hasta entonces, su trayectoria había sido la de un liberal. Su cambio de perspectiva política fue paralela al viraje de Ortega hacia posiciones muy críticas hacia el texto constitucional y la política del gobierno republicano-socialista. García Valdecasas fue uno de los fundadores del llamado Frente Español, cuyo primer y único manifiesto se publicó el 7 de marzo de 1932; y donde aparecían las firmas de María Zambrano, Eliseo García del Moral, Salvador de Lissarrague y José Antonio Maravall. En el manifiesto, tuvieron pleno desarrollo los conceptos orteguianos de comunidad nacional, corporativismo y exaltación de los valores espirituales⁸³. El manifiesto no tuvo repercusión alguna en la opinión pública; pero sí las intervenciones de García Valdecasas en el Parlamento, sobre todo sus críticas a la política económica y religiosa de los republicanos, lo mismo que a la radicalización de los socialistas. En ese sentido, el grupo fascista de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas le consideraba una «voz casi afín»⁸⁴.

Las JONS habían sido fundadas en 1931 por Ramiro Ledesma Ramos, joven intelectual, discípulo de Ortega y colaborador de *la Revista de Occidente* y de *La Gaceta Literaria*. Ortega fue una auténtica revelación para Ledesma. Su relación debió ser estrecha. En una carta le llama «querido maestro» y le interpelaba sobre la relación entre el pensar filosófico y la problemática nacional⁸⁵. Frente a sus críticos, que le

⁸⁰ AZAÑA, M.: *Memorias políticas y de guerra*, Tomo I, Barcelona, 1980, pp. 65, 79, 99, 137, 158, 195, 467, 245, 323, 388, 487, 424 y ss. *Diarios, 1932-1933*. Barcelona, Crítica, 1997, pp. 9, 31, 53, 59 y ss.

⁸¹ ARAQUISTAIN, L.: «José Ortega y Gasset: profeta del fracaso de las masas», *Leviatán*, 8 y 9 (diciembre de 1934 y enero de 1935). Inserto en *Marxismo y socialismo en España*. Barcelona, Fontamara, 1980, pp. 213 y ss.

⁸² ARAQUISTAIN, L.: *El pensamiento español contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1968, pp. 83 y ss.

⁸³ *Luz* (7-III-1932).

⁸⁴ *JONS*, 3 (agosto de 1933).

⁸⁵ Archivo Centro Ortega y Gasset, (3-IV-1930).

negaban el título de filósofo, Ledesma le consideraba el más eminente pensador español. Creía, además, que Ortega iba camino de conseguir su objetivo de «superar el idealismo, descubriendo antes del pensamiento, una realidad vital que le precede». Sin embargo, estimaba que algunos temas metafísicos no habían sido tratados por el maestro con la debida exhaustividad y que, por lo tanto, todavía no había logrado la construcción de un sistema filosófico expreso. En particular, Ortega no dejaba excesivamente claras las relaciones entre «razón pura», «logos» y «vida»⁸⁶.

La política acabó por separarlos. Ledesma no transigió con el liberalismo orteguiano; y llegó a acusar al maestro de ser el portavoz de una concepción anacrónica de la vida política, cuya base era la artificial distinción entre pueblo, nación y Estado. En ese sentido, Ortega era un «intelectual extrafino», cuya perspectiva conservadora le incapacitaba «para renovar la fuerza de los hechos políticos nuevos que aún no tengan un marchamo nuevo»⁸⁷. Pese a ello, la influencia de *España invertebrada* es palpable en su pensamiento. Su nacionalismo, como el orteguiano, era proyectivo, contrario al tradicionalismo menendezpelayista⁸⁸. La solución vertebradora era el Estado totalitario y el partido único⁸⁹. Al mismo tiempo, Ledesma se hizo eco de las soluciones propugnadas por Ortega en su libro *La redención de las provincias*. El fundador de las JONS veía en la comarca el ente de mayor realidad en la vida pública local. La ventaja de semejante opción era doble. Por un lado, servía para superar la división de España en provincias que había realizado el liberalismo un siglo atrás; por otro, representaba una manera diferente de abordar el problema nacionalista a como lo abordaban los nacionalistas vascos y catalanes, atentos al específico «hecho diferencial» y no a la unidad y fines de la nación española⁹⁰.

De la misma forma, Ernesto Giménez Caballero fue admirador de Ortega y colaborador de la Revista de Occidente. En su obra *Genio de España* criticó algunas de las tesis defendidas por Ortega en *España invertebrada*, sobre todo su «germanismo», que calificó de «herejía». Sin embargo, el filósofo acertó a percibir, en esa obra, la nueva realidad social y política que se abría paso, tras la Gran Guerra: «miletantismo contra democracia; estado fuerte contra liberalismo; huestes ejemplares (milicias populares) contra ejércitos industrializados; amor al peligro frente a espíritu industrial; política internacional y económica frente a nacionalismo de política interior; vuelta a primicias medievales frente a insistencia en valores individualísticos-humanistas. Y, sobre todo, capitanes máximos responsables y cesáreos que asumieran la tragedia heroica del Mandar frente a muñecos mediocres irresponsables y parlamentarios que eludiesen constantemente la noble tarea de gobernar mundos». En el fondo, Ortega, en relación al fascismo, utilizaba la táctica de la urraca, por un lado el grito y en otro

⁸⁶ «Sobre un libro político de Ortega y Gasset», *La Conquista del Estado*, 8, (2-V-1931). «Unamuno y la filosofía», *La Gaceta Literaria*, (15-VII-1930). «Filosofía 1930», *La Gaceta Literaria*, (1-I-1931).

⁸⁷ «Sobre un libro político de Ortega y Gasset», *La Conquista del Estado*, 8, (2-V-1931).

⁸⁸ LEDESMA RAMOS, R. *Discurso a las juventudes de España* (1935). Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

⁸⁹ «Ideas sobre el Estado», *Acción Española*, 24, (marzo 1933).

⁹⁰ «Sobre un libro de Ortega y Gasset», *La Conquista del Estado*, 8, (2-V-1931).

pone los huevos, «un fenómeno de hipocresía histórica». Y es que el filósofo tenía «terror a las consecuencias» políticas de sus ideas y planteamientos⁹¹.

Por su parte, Alfonso García Valdecasas entró en contacto con Ledesma Ramos y con José Antonio Primo de Rivera, igualmente admirador de Ortega. García Valdecasas fue uno de los fundadores de Falange Española. En su intervención en el mitin que dió a la luz el nuevo partido, García Valdecasas desarrolló una crítica idealista del proyecto de la modernidad, personificado negativamente en las figuras del burgués y del proletario. La creación de ambos tipos desviados era producto del individualismo introducido en las relaciones sociales por la tradición protestante, cuyo resultado fue la pérdida de la dimensión comunitaria de la sociedad característica del catolicismo. Por eso, exaltaba, en contraste, la España de la Contrarreforma, poseedora de una unidad moral que tenía su expresión en una cosmovisión y una teología comunes⁹². Inserto posteriormente en *Acción Española*, García Valdecasas criticó el fascismo, a partir de categorías orteguianas. Los nuevos sistemas totalitarios aparecían como «régimenes de masa, con insinuaciones jerárquicas. Se basan todavía en aquéllas conociendo su indocilidad característica»⁹³.

José Antonio Primo de Rivera fue un lector asiduo de Ortega. Y, a pesar de los ataques de éste al régimen que encarnó su padre, tuvo hacia él una actitud discipular. La influencia del filósofo en sus escritos puede percibirse con claridad en su concepto de nación. Primo de Rivera definió a la nación como una «unidad de destino en lo universal». Ser español no significa únicamente haber nacido en un lugar concreto del globo, sino ser llamado a la «empresa» que ha de realizar España en la historia universal. La nación es una «empresa», un «proyecto», que justifica por su «misión». Del concepto de «unidad de destino» deriva el patriotismo crítico, que se presenta como racional, «clásico», frente al patriotismo «romántico», basado en el particularismo, en los sentimientos elementales, tales como la lengua, la raza o la geografía⁹⁴. Con motivo de sus bodas de plata como catedrático, Primo de Rivera publicó un artículo titulado «Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset», donde ofrecía al filósofo la consecución de la obra de vertebración nacional, para que, en el futuro, pudiera exclamar complacido: «¡Esto sí es!»⁹⁵.

Tras su abandono de la política activa, Ortega volvió a su cátedra y a la especulación filosófica. No obstante, y a pesar de sus desengaños, continuó manifestando su fe republicana. La victoria de las derechas en las elecciones de 1933 alarmó al conjunto de las fuerzas republicanas. A Ortega le pareció la confirmación de sus críticas a la gestión del gobierno republicano-socialista. Sin embargo, defendió al régimen republica-

⁹¹ GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Genio de España* (1932), Barcelona, Planeta, 1983, pp. 63, 66 y 74.

⁹² *La Nación*, (30-X-1933).

⁹³ «Actividad intelectual», *Acción Española*, 84, (febrero de 1936).

⁹⁴ PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras Completas*, Tomo I, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976, pp. 191 y ss, 229, 347 y ss.

⁹⁵ *Ibidem*: Tomo II, Madrid, 1976, p. 831

no en dos artículos. No faltaron, en ese sentido, advertencias a las derechas, sobre los peligros de la exacerbación del «señoritismo» y de cualquier tentación de carácter golpista. Su única alabanza fue para José María Gil Robles, el líder triunfante de la derecha católica, «joven atleta victorioso». Y terminaba Ortega aconsejando a las derechas que se integrasen sin vacilaciones en las instituciones republicanas, por que la República seguía siendo el único régimen político que podía garantizar el «destino» nacional⁹⁶. No tardó en contestarle su antiguo amigo Ramiro de Maeztu, director ahora de la revista monárquica *Acción Española* y flamante diputado por Guipúzcoa, a quien irritó la insistencia orteguiana en la defensa de la II República. Para el escritor vasco, los republicanos eran tan sólo una minoría en la sociedad española; y, por lo tanto, el régimen era incapaz de consolidarse. Además, el filósofo no tenía en cuenta el cambio de mentalidad experimentado por la juventud y los intelectuales, cada vez más contrarios al liberalismo y más nacionalistas⁹⁷. Dos años después, Maeztu tuvo oportunidad de regocijarse ante las perplejidades de Ortega, cuando la editorial de la *Revista de Occidente* publicó la obra del corporativista austríaco Othmar Spann, *Filosofía de la sociedad*, en la que se sometía a una demoledora crítica el proyecto de la modernidad y sus representantes. Lo que venía a demostrar que Ortega y Gasset se había enterado, por fin, de la situación político-intelectual por la que atravesaba el mundo⁹⁸.

No podía faltar en *Acción Española* una interpretación, ciertamente muy crítica, de Ortega y su filosofía. En primer lugar, algunos de sus colaboradores, como Alvaro Alcalá Galiano, denunciaron su apuesta por la República⁹⁹. Sin embargo, entre Ortega y *Acción Española* existían más concomitancias de lo que, a primera vista, pudiera parecer. Como ya hemos señalado, algunos discípulos del filósofo, como Eugenio Montes o Alfonso García Valdecasas, colaboraron en la revista monárquica. Y el diagnóstico de la crisis social contemporánea no era, en algunos casos, excesivamente diferente. La distinción entre masas y minorías, entre individuos egregios y vulgares, prolongada conscientemente a los fundamentos de la vida humana, se encuentra en ambos. Si algo se reprochaba al filósofo no era precisamente su elitismo, sino el que no sacara las debidas e ineludibles consecuencias de esa filosofía social, es decir, el rechazo de la democracia. Es lo que criticaba, entre otros, Emilio Ruíz Muñoz, que escribía en la revista bajo el pseudónimo de «Javier Reyna», para quien el liberalismo era, en efecto, la raíz última de todo el proceso de rebelión de las masas, que Ortega denunciaba tan elocuentemente¹⁰⁰. Pero el rechazo fundamental de la revista monárquica al legado orteguiano era su laicismo; y ello era sumamente grave a todos los niveles, porque, a su juicio, sólo el retorno a los principios católicos podía resolver la crisis de las sociedades contemporáneas. La desacralizada visión de la historia de España defendida por Ortega, en sus obras, era, a ese respecto, abierta-

⁹⁶ «En nombre de la nación, claridad», *El Sol*, (9-XI-1933). «¡Viva la República!», *El Sol*, (3-XII-1933).

⁹⁷ «Política y régimen», *La Epoca*, (9-XII-1933).

⁹⁸ «¡Es la Nelken!», *ABC*, (1-II-1935).

⁹⁹ «La caída de un trono», *Acción Española*, 10 (1-V-1932), p. 366.

¹⁰⁰ «Asteriscos», *Acción Española*, 30 (1-VI-1933), pp. 596-597.

mente disfuncional. Por ello, José Pemartín diría que, en el fondo, la doctrina esencial de Ortega era «la supresión del catolicismo como parte fundamental de la historia de España»¹⁰¹. Otros colaboradores de la revista eran de la misma opinión. Así, el eclesiástico Rafael García y García de Castro expresó su admiración por algunos de los planteamientos de Ortega, pero censuró su agnosticismo religioso. Le turbaba el desinterés orteguiano por la dimensión religiosa del hombre. Ortega le parecía «un alienígena en el terreno religioso»; y atacaba su «laicismo, el ateísmo de Estado». Celebraba, sin embargo, su abandono del «idealismo tradicional», «asentando su pie sobre la roca de la actualidad y realidad de la vida». Y, sobre todo, sus críticas elitistas a la «democracia moribunda». En el mismo sentido, consideraba *España invertebrada* «lo mejor que ha salido de la pluma de Ortega y Gasset», aunque denunciaba su «pesimismo patrio». Aceptaba igualmente su diagnóstico sobre la desmoralización de las sociedades europeas, pero creía que sólo mediante la influencia religiosa podría solventarse dicho proceso¹⁰².

En privado, Ortega manifestaba su oposición al anticlericalismo de las izquierdas: «yo, que no soy católico -decía a sus alumnos- no tengo un pelo de anticlerical». En 1935 le fue ofrecida la Banda de la República, que rechazó. Aceptó, en cambio, la Medalla de Madrid y el nombramiento de presidente honorario del PEN Club¹⁰³.

Cuando se cumplieron sus bodas de plata como catedrático, *El Debate* se hizo eco del aniversario: «Hemos respetado en don José Ortega y Gasset un pensamiento independiente, un rico fondo de cultura, una grave ecuanimidad y hemos admirado una pluma exquisita y brillante -en algunos aspectos, tal vez la primera de nuestros días- y un sentido crítico despierto y agudo en extremo»¹⁰⁴.

Al filósofo el estallido de la guerra civil le sorprendió en Madrid. Ante el temor de que su casa fuera asaltada por los revolucionarios, se refugió en la Residencia de Estudiantes, donde también se encontraban Ramón Menéndez Pidal y Gregorio Marañón. Allí un grupo de jóvenes intelectuales de izquierdas, vestidos con monos de milicianos y algunos de ellos armados, entre los que se encontraba su discípula María Zambrano, instaron a Ortega y a sus acompañantes a firmar un manifiesto en favor de la República, con amenazas físicas muy serias. Bajo esta presión, Ortega, Menéndez Pidal, Marañón, Teófilo Hernando, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y otros, optaron por firmar. Pero la mayoría no tardaron, cuando tuvieron oportunidad, en huir de la capital y, ya a salvo, dar su apoyo al general Franco. En concreto, Ortega denunció las presiones de que había sido objeto, criticando la actitud de algunos intelectuales europeos, con Albert Einstein a la cabeza, que apoyaban la causa

¹⁰¹ «Vida cultural», *Acción Española*, 47 (16-II-1934) p. 224.

¹⁰² GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, R.: *Los «intelectuales» y la Iglesia*, Madrid, Fax, 1934, pp. 262, 264, 277, 278, 282 y ss.

¹⁰³ ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, pp. 401 y 402.

¹⁰⁴ «Ortega y Gasset», *El Debate*, (24-XI-1935).

republicana sin conocer la realidad del conflicto¹⁰⁵. Ortega logró huir a Francia. En España fue acusado de contrarrevolucionario y destituido como catedrático de universidad. En París pasó los primeros años de exilio. Más tarde, y por una corta temporada, se retiró a Holanda, en 1938. Al año siguiente recibió una invitación de Argentina, trasladándose a aquel país, en 1939.

La actitud del filósofo exiliado no gustó a los republicanos. Especialmente dura fue la crítica de su antigua discípula María Zambrano, quien, quizá para compensar su efímera militancia en el Frente Español, publicó, en *El Mono Azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, un artículo titulado «La libertad del intelectual», cuyo destinatario no era otro que Ortega. Su contenido era abiertamente stalinista, denunciando «el individualismo burgués», caracterizado por «el asco del intelectual –del intelectual típico– por la masa, el apartamiento de la vida y su impotencia para comunicarse con el pueblo»¹⁰⁶.

Ortega quedó consternado por los asesinatos en zona republicana del liberal Melquíades Álvarez y de Manuel Rico Avello, antiguo militante de la Agrupación al Servicio de la República. En consecuencia, su actitud fue abiertamente profranquista. Se negó a firmar un manifiesto pro-paz promovido por Salvador de Madariaga, lo mismo que a reconocer al gobierno de Barcelona como legítimo heredero de la II República. Incluso manifestó sus esperanzas en el papel que pudiera ejercer en el nuevo Estado Ramón Serrano Suñer, quien utilizaba en sus discursos algunas ideas de *España invertebrada*¹⁰⁷. En ese sentido, apostaba por una articulación de Europa en dos formas distintas de vida pública: «la forma de un nuevo liberalismo y la forma que, con un nombre impropio, se suele llamar *totalitaria*». Y sentenciaba: «Los pueblos menores adoptarán figuras de transición e intermedias. Esto salvará a Europa. Una vez más resultará patente que toda forma de vida ha de menester su antagonista. El “totalitarismo” salvará al “liberalismo”, destiñendo sobre él, depurándolo, y gracias a ello veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios»¹⁰⁸.

En Argentina, donde había dado dos exitosos cursos de conferencias en 1916 y 1928, no se le hizo objeto de la atención que Ortega se consideraba merecedor; tampoco hizo declaración alguna de antifranquismo que esperaban los republicanos argentinos y los españoles exiliados allí. El ambiente no le fue muy propicio; y en 1941 regresa a Europa, esta vez a Portugal, donde se estableció hasta el final de la II Guerra Mundial. Según el filósofo alemán Hans Georg Gadamer, Ortega vivía en la capital lusa, instalado en «los círculos de la alta aristocracia»¹⁰⁹. Finalmente, el filósofo optó por retornar a España; y lo hizo oficialmente el 4 de mayo de 1946

¹⁰⁵ ORTEGA Y GASSET, J.: «En cuanto al pacifismo» (1938), en *La rebelión de las masas*, pp. 233-234.

¹⁰⁶ «La libertad del intelectual», *El Mono Azul* (10-IX-1936). Inserto en ZAMBRANO, M.: *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, pp. 131-132.

¹⁰⁷ ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, pp. 427 y 430.

¹⁰⁸ ORTEGA Y GASSET, J.: «En cuanto al pacifismo» (1938), en *La rebelión de las masas*, p. 237-238.

¹⁰⁹ GADAMER, H. G.: *Mis años de aprendizaje*, Barcelona, Herder, 1996, p. 144.

en el Ateneo madrileño con una conferencia sobre «Idea del teatro». Ortega, además, había sido restituído en su cátedra universitaria, aunque no volvió a ejercer la docencia¹¹⁰.

Crítica clerical e intentos de reconciliación.

El regreso a España y la misma situación europea contribuyeron a hacer más explícito su conservadurismo. En 1948, Ortega fundó, con algunos colaboradores, el Instituto de Humanidades, donde impartió, entre otros, un curso sobre la filosofía de la historia de Arnold Toynbee. Este curso, publicado luego con el título de *Una interpretación de la Historia Universal*, sirvió al filósofo para jactarse de su influencia en Falange Española, «un grupo de la juventud española que ha ejercido una intervención muy enérgica en la existencia española». Para criticar a la democracia, cuya legitimidad calificó de «deficiente y feble». Y para reivindicar la funcionalidad de la Monarquía, «la primigenia, prototípica y ejemplar»¹¹¹.

En aquellos momentos, Ortega desarrolló, además, los fundamentos de su teoría sociológica, iniciada en los años treinta, cuya base existencial era un radical pesimismo antropológico, que recordaba a Thomas Hobbes y a Carl Schmitt. Para el filósofo, el hombre padecía una soledad constitutiva, derivada del hecho de que su vida es, por completo, intransferible. Desde sí mismo, el ser humano se abre al mundo y a los otros. Lo que distingue a los otros hombres de los demás elementos mundanos, como los animales, es el ser «capaz de responderme tanto como yo a él», de un modo recíproco. En la descripción del proceso de relación entre los hombres, aparece la noción de violencia como factor que rige las relaciones humanas. La conducta humana tiene, para Ortega, un «contenido terrible», porque el hombre es «capaz de todo, ciertamente de lo egregio y perfecto, pero también no menos de lo más depravado»; lo que siempre lleva a ponerse «en lo peor y anticipar que su reacción puede darme una puñalada»¹¹².

En una conferencia en la Universidad de Berlín, en 1949, el filósofo atacó a la democracia, un concepto cuya utilización se había vuelto «estúpida y fraudulenta». Después de Yalta se convirtió en una «ramera», porque «fue pronunciada y suscrita allí por hombres que le daban sentidos diferentes, más aún contradictorios: la democracia de uno era la antidemocracia de los otros dos, pero tampoco estos dos coincidían suficientemente en su sentido». Criticó la idea de contrato social como «el más insensato ensayo que se ha hecho de poner la carreta delante de los bueyes». Defendió la nación: «Nación no es nosotros, sino que nosotros somos Nación. No la hacemos, ella nos hace, nos constituye, nos dá nuestra radical sustancia». Interpretó la existencia de los regímenes autoritarios, no como realidades políticas «engendradas por los caprichos o la intriga», sino como «manifestaciones ineludibles del estado de guerra

¹¹⁰ ZAMORA, J.: *Ortega y Gasset*, pp. 449-450.

¹¹¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *Una interpretación de la Historia Universal* (1948), Madrid, Revista de Occidente, 1980, pp. 195 y ss.

¹¹² ORTEGA Y GASSET, J.: *El hombre y la gente*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 53 y ss.

civil en que casi todos los países se hallan hoy». El filósofo seguía denunciando la «vulgar idolatría de la Revolución Francesa»; y no dejaron de ser significativas sus elogiosas menciones al conservadurismo de Edmund Burke, «en quien, por primera vez, aparecen resueltamente afirmadas la tradición, la costumbre, el instinto, los impulsos espontáneos de cada pueblo que habían sido considerados hasta entonces como los pudenda de la historia»¹¹³. Goethe igualmente era el representante de la nueva mentalidad conservadora y antiutópica. El escritor alemán rehusó siempre apoyarse, para vivir, en la utopía. Se encontraba totalmente al margen de la filosofía optimista del siglo XVIII y de la idea de progreso. A ese respecto, la gran tarea goethiana era «la construcción de una civilización que parta expresa y formalmente de las negatividades humanas, de sus inexorables limitaciones y ellas se apoyen para existir en plenitud». *Entragung* –resignación– era la expresión que ayudaba a perfilar la nueva mentalidad, basada en la aceptación de «las manquedades y negaciones de nuestro destino»¹¹⁴.

José Ortega y Gasset murió en Madrid el 18 de octubre de 1955. Su claro conservadurismo no impidió que sus grandes enemigos, dentro de la derecha, siguieron siendo tradicionalistas y escolásticos, que sometieron a crítica su obra, a lo largo de los años cuarenta y cincuenta. La ofensiva antiorteguiana más virulenta se produjo en 1958 con la publicación del libro *La filosofía de Ortega y Gasset*, del teólogo dominico Santiago Ramírez, donde se intentó probar la incompatibilidad global del racionalismo con el dogma católico. Su idea de vida, del hombre, de la verdad, de la ética, de la lógica y de la metafísica eran contrarios a la visión cristiana del mundo; además, le acusaba de profesar «un laicismo radical, teórico y práctico..., pero sin anticlericalismo persecutorio»¹¹⁵. El objetivo de esa crítica, auspiciada por el obispo de Canarias Antonio Pildain, era lograr la condena de Ortega por heresiarca. De ahí que el libro generara una intensa polémica entre la intelectualidad española. A favor, se pronunció Vicente Marrero –director de la revista tradicionalista *Punta Europa*, que hizo una intensa campaña en favor de las tesis de Ramírez–, Ángel González Álvarez y otros representantes del escolaticismo. En contra, Pedro Laín Entralgo, Julián Marías, Paulino Garagorri, Adolfo Muñoz Alonso, José Luis López Aranguren, Luis Díez del Corral, etc. El propio embajador español acudió ante el cardenal Ottaviani para impedir la condena y, al final, la operación clerical se paralizó¹¹⁶. El último esfuerzo antiorteguiano por parte del integrista católico fue protagonizado por Vicente Marrero, en su obra *Ortega, filósofo mondain*, donde se le acusaba de amoralismo, relativismo, paganismo y frivolidad¹¹⁷.

¹¹³ ORTEGA Y GASSET, J.: «De Europa meditatio quedam» (1949), *Europa y la idea de Nación*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 34, 45, 102 y 109.

¹¹⁴ ORTEGA Y GASSET, J.: «Sobre Goethe bicentenario» (1949), en *Goethe. Dilthey*, Madrid, Revista de Occidente, 1983, pp. 78-79.

¹¹⁵ RAMÍREZ, S.: *La filosofía de Ortega y Gasset*, Barcelona, Herder, 1958, pp. 471 y ss.

¹¹⁶ BATLLORI, M.: *Recuerdos de casi un siglo*, Barcelona, El Acantilado, 2001, pp. 236-238.

¹¹⁷ MARRERO, V.: *Ortega, filósofo mondain*, Madrid, Rialp, 1961.

Gonzalo Fernández de la Mora, en su obra, publicada en 1961, *Ortega y el 98*, la recuperación del filósofo madrileño por parte de la derecha. En sus páginas, destacó su aristocratismo, su hostilidad hacia el radicalismo y la revolución; y, sobre todo, su sentido fundamentalmente conservador –incluso en orden a la justicia social, que no debía lograrse aplicando el programa simplista del reparto, de la igualdad a bajo nivel y de la aristofobia– y nacionalista español¹¹⁸. Además, destacó que, pese a no poderle considerar un pensador católico, no era «un escritor anticristiano», porque «sus textos despectivos o irreverentes son excepcionales»¹¹⁹.

No deja de ser significativo que la derecha norteamericana se sintiera igualmente seducida por las ideas de Ortega. Así, Richard M. Weaver, Bernard Iddings Bell, William Barret, Peter Viereck celebraron sus ideas. Poco antes de morir, Ortega estuvo a punto de colaborar en la *National Review*, dirigida por William Buckley Jr; la muerte del filósofo mereció un comentario de esta publicación¹²⁰. Posteriormente se expresaron favorablemente al filósofo español Robert Nisbet¹²¹ Russell Kirk¹²² y Thomas Molnar¹²³.

En un primer momento, la juventud contestataria al régimen de Franco erigió al filósofo madrileño en uno de sus portaestandartes, por su laicismo y liberalismo. A su muerte, homenajearon a Ortega como «filósofo liberal». Pero a partir de los años sesenta, la estrella orteguiana comenzó a palidecer entre los sectores universitarios, cada vez más fascinados por el marxismo. En unas páginas de su célebre novela *Tiempo de silencio*, Luis Martín Santos satirizó a Ortega como un típico y caricaturesco filósofo de salón, cuyo único objetivo no era otro que exhibirse ante los breves sectores cultos de la alta sociedad madrileña¹²⁴.

A finales de 1965, la revista antifranquista *Cuadernos de Ruedo Ibérico* realizó una encuesta entre algunos jóvenes intelectuales españoles de izquierda, como Pedro Altares, José Aumente, José María Castellet, Carlos Castilla del Pino, Francisco Fernández-Santos, Alfonso Sastre y Jorge Semprún, sobre el balance de la obra orteguiana. La respuesta fue, en todos los casos, muy negativa. Altares denunciaba su incapacidad para captar los problemas concretos de la sociedad española. Aumente criticó su «aristocratismo intelectual» y, sobre todo, el haber ignorado «olímpicamente» a Marx. En esencia, era un pensador «conservador». Castellet señalaba que no servía «ni como guía, ni como maestro». Castilla del Pino destacaba el anacronismo de su liberalismo político, que «es reaccionario, porque no es posible». Fernández Santos

¹¹⁸ FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: *Ortega y el 98*, Madrid, Rialp, 1961.

¹¹⁹ FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: «Ortega y Gasset», en *Pensamiento Español 1965*, Madrid, Rialp, 1966, p. 71.

¹²⁰ NASH, G. H.: *La rebelión conservadora en Estados Unidos*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987, pp. 55-56, 66, 80, 90 y 185.

¹²¹ NISBET, R.: *Conservadurismo*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 70-71.

¹²² KIRK, R.: *Un programa para conservadores*, Madrid, Rialp, 1957, pp. 112 y 115.

¹²³ MOLNAR, T.: *La contrarrevolución*, Madrid, Unión Editorial, 1975, p. 164.

¹²⁴ MARTÍN SANTOS, L.: *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix-Barral, 1975, pp. 13 y ss.

le acusaba de «antidemocrático», porque el porvenir de la democracia ya no descansaba en la burguesía, sino «en el movimiento obrero y socialista». Sastre veía a Ortega «nefasto como maestro». Muy duro fue igualmente Semprún, para quien era «un pensador pequeñoburgués»¹²⁵. Fernando Ariel del Val lo interpretó como precursor del fascismo español¹²⁶. Todavía hoy el castrista¹²⁷ Eduardo Subirats le acusa de pertenecer a «la tradición más unívoca del absolutismo español del siglo XVIII y del totalitarismo del siglo XX», vinculada al «catolicismo contrarreformista» y heredera de la Compañía de Jesús¹²⁸.

Pese a todo ello, la nueva derecha liberal-conservadora no intentó hacer suyo, al menos en parte, el legado orteguiano; ni tan siquiera reinterpretarlo en un sentido conservador. Antes al contrario, su líder José María Aznar prefirió, contra no pocas racionalidades, exaltar la figura del jacobino Azaña¹²⁹. Un error más en toda una cadena histórica de despropósitos.

¹²⁵ «Ortega hoy», *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, París, 3, (octubre-noviembre de 1965) pp. 35-44.

¹²⁶ ARIEL DEL VAL, F.: *Historia e ilegitimidad. La quiebra del Estado liberal en Ortega*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984.

¹²⁷ De Américo Castro, no de Fidel.

¹²⁸ SUBIRATS, E.: *Memoria y exilio*, Madrid, Losada, 2003, pp. 315 y ss.

¹²⁹ Véase GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «El retorno de la tradición liberal-conservadora», *Ayer*, 22 (1996).